

El caballero Sancho Panza

Por Luis SANTULLANO

(En *Ei Nacional* de México, D. F. Octubre 9 de 1947).

Así como la figura física de Sancho Panza crece en estatura cuando le llamamos Sancho Zancas, de análogo modo su figura moral se eleva a medida que vamos conociendo el temperamento, carácter y reacciones del escudero famoso.

No insistimos en recordar la distracción del autor cuando nos presenta a Sancho con la espada al cinto, sin razón, o nos le ofrece inerme, sin causa. Con espada y sin espada Sancho, a pesar de su rusticidad, tenía madera de caballero, y vamos a verlo sin dificultad alguna, con sólo traer aquí varios textos de cervantes, para regalo del lector.

Poseía, desde luego, Sancho la cualidad más necesaria al caballero, a saber, la valentía. Sin duda la suya era diferente de la de don Quijote, entusiasta deportista del valor, según dice Madariaga con otras palabras. Sancho era valiente y sosegado en una pieza. Abundan en el libro las páginas que lo prueban: "yo de mío soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias"; "mi voluntad... es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieron de vida"; "no pienso granjear fama de valiente". Pero ¡cuidado! No nos extraviemos; pacifismo en este caso dista mucho de ser cobardía, según nos dirá también él mismo: "Bien es verdad que en lo que tocara a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes (las de la caballería andante), pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiera agraviarle". Ya vamos entendiendo la posición de Sancho. Su doctrina es clara y perfectamente aceptable por las personas sensatas. Sancho la pone en práctica más de una vez o muestra decisión de hacerlo; así cuando el escudero del fingido caballero de los Espejos pretende llevar adelante la broma de que peleen los dos en frío y porque sí: "Contra ese corte yo sé otro que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes de que vuestra merced llegue a despertarme la cólera, haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya que no despierte si no fuera en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejen manosear el rostro de nadie". Esta valerosa decisión no le impidió a nuestro buen Sancho entregarse al miedo al ver las mayúsculas y horribles narices falsas del otro escudero. Pero su actitud primera era enérgica a satisfacción.

Más satisfactoria aún y laudable lo es en otras ocasiones, al reaccionar Sancho violentamente ante la ofensa que hacen a su amo. Tal sucedió en el episodio de Cardenio y D. Quijote, cuando, acometido aquél de su locura, "alzó un guijarro que halló junto a sí y dio con él en los pechos tal golpe a D. Quijote que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza que de tal modo vió parar a su señor, arremetió al loco con el puño cerrado". ¿Qué tal? ¡Bravo, Sancho amigo! Y eso que tu noble y valiente gesto se te volvió contrario, ya que el Roto, Cardenio, supo replicar con tal acierto y fuerza que llevaste las de perder, quedando bien aporreado. Y rabioso. Por eso Sancho vuelve seguidamente su coraje en el cabrero, culpable del malaventurado suceso, "y fue el fin de las répli-

cas asirse de las barbas y darse tales puñadas que, si don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decía Sancho asido con el cabrero: —Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en éste que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo a mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano a mano como hombre honrado". Esto es, limpiamente, puño a puño, afirmando cada cual su fuerza según el don de la naturaleza y la habilidad personal, sin acudir a otras armas, ni siquiera al nudoso garrote que, en otras circunstancias, habría sido útil a Sancho.

Vemos, pues, que el escudero es valiente a su modo, distinto este modo del de su amo; pero suficiente para las ocasiones posibles y aún, para la profesión caballeresca, ello en la autorizada opinión del mismo don Quijote. De ahí el orgullo de Sancho que, si bien mantenido dentro de los límites escudriles, supone cierta simpática presunción: "sé decir que, si se usa en la caballería escribir hazañas de escudero, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones". Desde luego, a Sancho le atraía, a pesar de su humildad, el aliciente de la fama hasta un extremo censurable: "desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano; aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieran". ¡No tanto, Sancho; no tanto! Bien está la aspiración a la gloria legítima, pero no debe confundirse ésta con la gloriola y sus bajezas. Sancho padecía algún contagio de su señor por el lado de la celebridad y, al advertir que estaba ya en las letras de molde de Avellaneda, se sintió embriagado hasta el punto de desbarrar.

Disculpémosle ese escape de la ambición, teniendo en cuenta la buena opinión que se había ganado en el ánimo de don Quijote, tan halagadora para Sancho, a pesar de las varias alternativas y encontrados humores del hidalgo, que ya en la primera salida hay un anuncio de armarle caballero (I, cap. 8). Y no era una broma aquello, pues más tarde, cuando la pelea en la venta para defender Sancho la posesión de la discutida albarda, "estaba don Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvolo de allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarlo caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la Orden de la caballería". Naturalmente a Sancho, que distaba de ser tonto no le cayó en saco roto aquella buena disposición de su amo y señor. Por eso, cuando vuelve a la aldea, después de esta primera salida suya, y segunda de don Quijote, le dice a su mujer Teresa Panza: "Sólo te sabré decir así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras...; es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos... "Sancho había picado; tenía ya dentro la comezón del andar y ver, de afrontar los pe-

ligros y superar los riesgos en servicio de una idea. Por esto, hacía el final de las andanzas, viéndose protegido por la duquesa, se atreve a decirle: "De grandes señoras grandes mercedes se esperan; ésta que la vuestra merced hoy me ha hecho no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora", ¡Ahí es nada! Sancho, buen discípulo de tan gran maestro como lo era don Quijote, sabe que todo caballero ha de tener una dama, y él, sin empacho alguno, con naturalidad, elige a una duquesa de verdad —no a una princesa de mentirijillas, como su amo hiciera—, ignorando que, si éste sabía engañarse magníficamente, él iba engañado con la elección desde el primer minuto, pues lo ducal estaba moralmente aquí por bajo de lo villano.

Ello no importa en nuestra estimación, tan justificada que Unamuno, entusiasmado con el escudero, afirma que un día Sancho, caballero en Rocinante, habrá de resucitar y embrazar el lanzón, personalizando a don Quijote en el mundo. ¿No va don Miguel un poco lejos en su profecía? Porque al sensato Sancho le faltaría siempre ¡ay! la divina locura.

Salmo a Walt Disney

(En el *Rep. Amer.*)

Tú eres Walt Disney, tú lo eres,
con el nombre totalmente tuyo.
Contigo llevas la paz.

El mundo se dilata contigo.
La pequeña y cándida zoología
habla y piensa, goza y siente.
Las querellas de la biología
se abren, de color y líneas, a la vida.
Walt, tú eres el torbellino
capaz de sublimarnos.

Todos te llevan
por las gargantas y por las frentes.
Todos te acarician por los ojos.
Todos te besan por el arte.
Todos son, en ti, círculos de la paz.
Eres olímpico y bendecido.
Alma de medida igual para los astros.
Metro clarividente para los hombres.
Tú eres, Walt Disney, el creador.
La imagen animal se divierte
por la mortalidad azul de un difumino.
En ti hablan, como en Dios, las flores.
En ti juega al corro la natura.
En ti, el bosque, vestido es de novio,
y los ciervos huidizos y los viejos molinos.
Cuando seamos, yo y todos los yo,
pequeña zoología del mundo sideral
tú serás quien muevas
la fábula alegre de los astros infantiles.
En ti, serán de acuarelas los sueños.
En ti, se fijarán los críticos astrales
para saber si fuiste amigo o maestro
de los rudos pintores de Altamira.
Se sentirá, por ti, la algazara
de vernos trastornados en bellas bestiecillas.
En ti, eterno Walt, dejaré mi nombre
para un dibujado acontecer.

Por ti sefemos todos un bello concilio.
Por ti, de ti, en ti, somos la paz.
Porque tu nombre es tuyo
y lo tienes en tu vida, Walt Disney.
Psalmo a ti, el creador.

M. GUTIERREZ de la FUENTE.
Sevilla, España, setiembre 1948.